BEATO JUAN DUNS ESCOTO

BEATO JUAN DUNS ESCOTO

Adalid de la Inmaculada

por

Fray Antonio Corredor García

O.F.M.

D.L.: M-28.610-1987 • I.S.B.N.: 84-7.770-027-3

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Primeros años de Juan Duns Escoto

El inmortal Defensor de la Pureza de María, Beato Juan Duns Escoto, abrió sus ojos a la luz de este mundo, en la ciudad de Duns, Escocia, en los últimos días de diciembre del año 1265.

San Francisco había muerto hacía ya 39 años, y San Buenaventura estaba entonces en la cumbre de su carrera científica.

Los franciscanos habían llegado a Escocia poco después de la fundación de la Orden.

En cierta ocasión, fueron huéspedes de la casa de Juan.

Hicieron al niño varias preguntas, entre ellas, sobre el Avemaría, que ignoraba.

Se la recitaron una sola vez y él la repetió fielmente y con mucho fervor, dando muestras de una prodigiosa memoria.

A vista de ello, propusieron los religiosos a sus padres llevarse al niño para educarlo en el Convento, a lo que los padres con gusto accedieron.

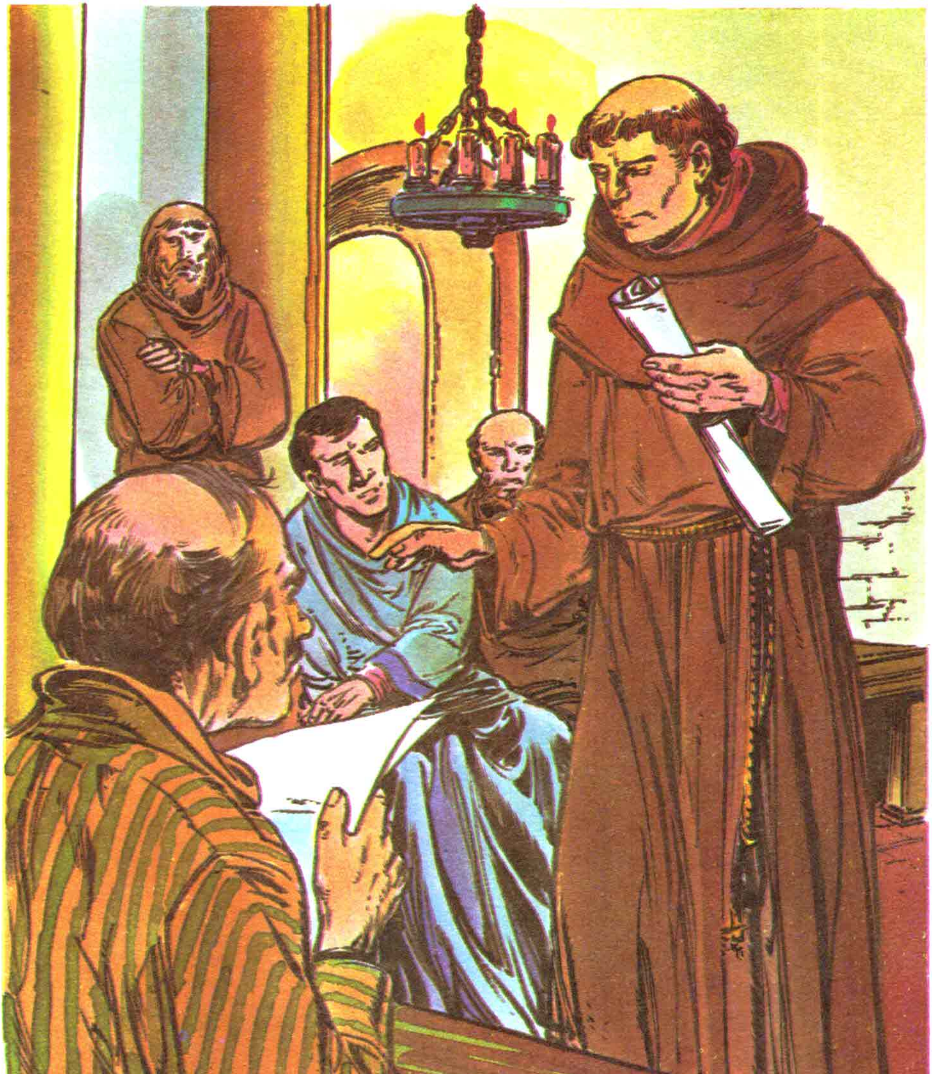
Asistió a la escuela franciscana, donde, por su ejemplar virtud y gran talento, daba muy buenas esperanzas para el porvenir.

Pronto comenzó a sentir inclinación al estado religioso. Así que, el 25 de marzo de 1280, tomó el hábito franciscano de manos de su tío carnal, Fray Elías Duns, en el Convento de Dunfries, del que era Guardián, además de ser Vicario de Escocia.

Profesó en la Orden al año siguiente, cursando luego durante cuatro años, los estudios de Filosofía y, durante tres, los de Teología.

Por fin, el 17 de marzo de 1291, es ordenado sacerdote por el Obispo de Lincoln.

Tenía Escoto, a la sazón, 25 años de edad.



Doctor Mariano

Del gran Padre San Francisco dice San Buenaventura que estaba dotado de una "increíble piedad" para con la Madre de Dios, y que esta devoción la inculcó a sus hijos.

Uno de ellos es Escoto, el cual, ordenado ya sacerdote, enseña Filosofía y Teología en Cambridge y Oxford, y redacta sus primeros escritos teológicos, que le dan fama continental.

En su cátedra llegó a reunir hasta treinta mil alumnos, procedentes de todos los puntos de Europa.

Su idea sobre la Virgen era la siguiente.

Los Maestros de aquel tiempo, al hablar de la universalidad del pecado original, no veían cómo salvar a la Madre de Dios de esta mancha que empañó al género humano.

Es más excelente, por parte de Dios, haber impedido que su Madre cayese en el pecado original que el haberla redimido después de caer en él.

Es mayor favor no atarle a uno los lazos de la prisión que libertarle de la misma prisión.

Y todo en virtud de los previstos méritos de Cristo.

"María —decía Escoto— ha podido ser, al mismo tiempo, rescatada y concebida sin pecado, porque siempre debe atribuirse a María lo que es mejor y más excelente, mientras no se oponga a ello la Sagrada Escritura y la autoridad de la Iglesia".

La Universidad de Oxford acogió esta tesis con entusiasmo y dio a Escoto el título de Doctor Mariano.

Gran acontecimiento en la Sorbona

La doctrina de nuestro Doctor se extendía rápidamente por todas partes.

Y con tanta pasión se discutía si la Santísima Virgen era o no inmaculada desde el primer instante de su ser, que la confusión se infiltraba ya entre los mismos fieles.

Con muy buen acuerdo, el Papa ordenó una disputa pública en la más célebre Universidad de aquel tiempo: la Sorbona de París.

El General de la Orden llama al joven profesor de la Universidad de Oxford

Escoto hizo el viaje a pie, como acostumbraba, y mendigando de puerta en puerta el alimento que necesitaba.

Al llegar a París, entra de incógnito en una academia donde se discutía la doctrina de la Inmaculada.

El también interviene, y uno de los doctores, confundido por sus argumentos, le replica:

—O eres ángel del cielo o diablo del infierno o Juan Duns Escoto.

Tal era ya la fama de su dialéctica y sabiduría.

Y llegó el 8 de diciembre de 1305, día señalado para la gran asamblea.

Al cruzar Escoto un claustro de la Universidad, se postra ante una imagen de Nuestra Señora, y le ruega:

—Concédeme que te alabe, Virgen sagrada, y dame fuerzas contra tus enemigos.

La estatua marmórea de la Virgen inclinó la cabeza, significando que le otorgaba la gracia pedida.

Animado Escoto con tan extraordinario favor, se presenta en el Aula Magna, que presidían los Legados Pontificios.

Sube a la cátedra y escucha los doscientos argumentos que le exponen los doctores contrarios a la doctrina inmaculista.

Defiende Escoto la Inmaculada Concepción de María

Repite Escoto, uno a uno, los argumentos que le habían expuesto. Los rebate y los tritura, y deshechos todos, lanza el suyo, que sintetiza en tres célebres palabras:

PUDO Dios preservar a la Virgen de contraer la mancha original, porque es omnipotente.

CONVENIA lo hiciera, pues se trataba de la excelsa dignidad de su Madre.

LUEGO LO HIZO, pues Dios hace siempre lo más conveniente.

Y se cuenta que, en un arranque de fervor mariano, exclamó al fin: "Y quien en Ti, Señora, viere mancha, en el sol vería tinieblas".

El triunfo fue tan definitivo, grandioso y resonante, que la Universidad otorgó a Escoto el dictado de Doctor Sutil.

Este título fue luego aprobado por el Papa en carta a este intrépido campeón de la más alta prerrogativa de la Madre de Dios.

Dícese que María Santísima, aquella misma noche, se apareció radiante a Duns Escoto, y, en gratitud por la defensa de su Concepción Inmaculada, le entregó un fragante lirio, que llenó el Convento de celestial perfume, y que significaba la pureza sin mancilla de su Concepción.

La Universidad de la Sorbona hizo voto de defender la Inmaculada Concepción de María y de celebrar anualmente su fiesta.

Determinó también, por unanimidad, no conferir a nadie grados académicos mientras no prestara juramento de observar esto inviolablemente.

La doctrina de Escoto fue confirmada últimamente por Pío IX al definir, como dogma de fe, la Concepción Inmaculada de María.

Vida de santidad de Duns Escoto

Al par que de profundo estudio, era la vida de Duns Escoto de plegarias continuas, de éxtasis frecuentes, de virtudes hasta el heroísmo.

Una noche de Navidad, mientras oraba en la iglesia, puso la Santísima Virgen en sus brazos al Niño Jesús, y, como en otra ocasión San Antonio, pudo acariciarlo y estrecharlo contra su corazón.

De su desprendimiento de todo lo terreno y de su obediencia sin dilaciones, nos ha brindado ejemplo el Doctor de la Inmaculada con el siguiente hecho de su intachable vida.

Paseábase, con sus discípulos, por las afueras de París, cuando le es estregada la obediencia del Padre General de la Orden para trasladarse a la Universidad de Colonia.

Allí había de desbaratar, una vez más, las impugnaciones contra el gran privilegio mariano.

Desde aquel mismo lugar, sin regresar a la ciudad, emprende el viaje a pie, pues un franciscano —argüía— debe estar dispuesto a cumplir la obediencia sin decir adiós a nadie.

La ciudad de Colonia lo recibió a cruz alzada, con el Arzobispo y el Cabildo a la cabeza, gozándose de tener en su seno a este príncipe de la Teología.

Triunfa aquí como en todas partes. Mas no por eso se desdeña de alternar la labor universitaria con la predicación sencilla del pueblo.

Y así recorría las aldeas y los campos, enseñando el catecismo a los niños, predicando a todos las más altas verdades con claridad asombrosa.

Predicación y apostolado

Paseaba un día por el campo y oye blasfemar a un labriego que se afanaba en el cultivo de su sementera.

—No blasfeméis, buen hombre, que la blasfemia lleva al infierno.

—Dios lo tiene todo previsto —replica el labriego— y blasfeme yo o no blasfeme, me iré al infierno o al cielo, según El lo haya determinado.

—Pues si eso es así —arguye el Siervo de Dios— no labréis la sementera, pues la semilla ha de germinar o no, se trabaje o no se trabaje.

Con este sencillo argumento, quedó convencido aquel hombre de su error, prometiendo al gran Maestro enmendarse de su falta.

Otra vez, predicando sobre el misterio de la Inmaculada Concepción de María, quedó en éxtasis, a la vista de todos los fieles.

Juntamente con la que profesaba a la Madre de nuestro Salvador, su devoción predilecta era la del Santísimo Sacramento de nuestros altares, ante el cual consumía horas enteras en altísima contemplación.

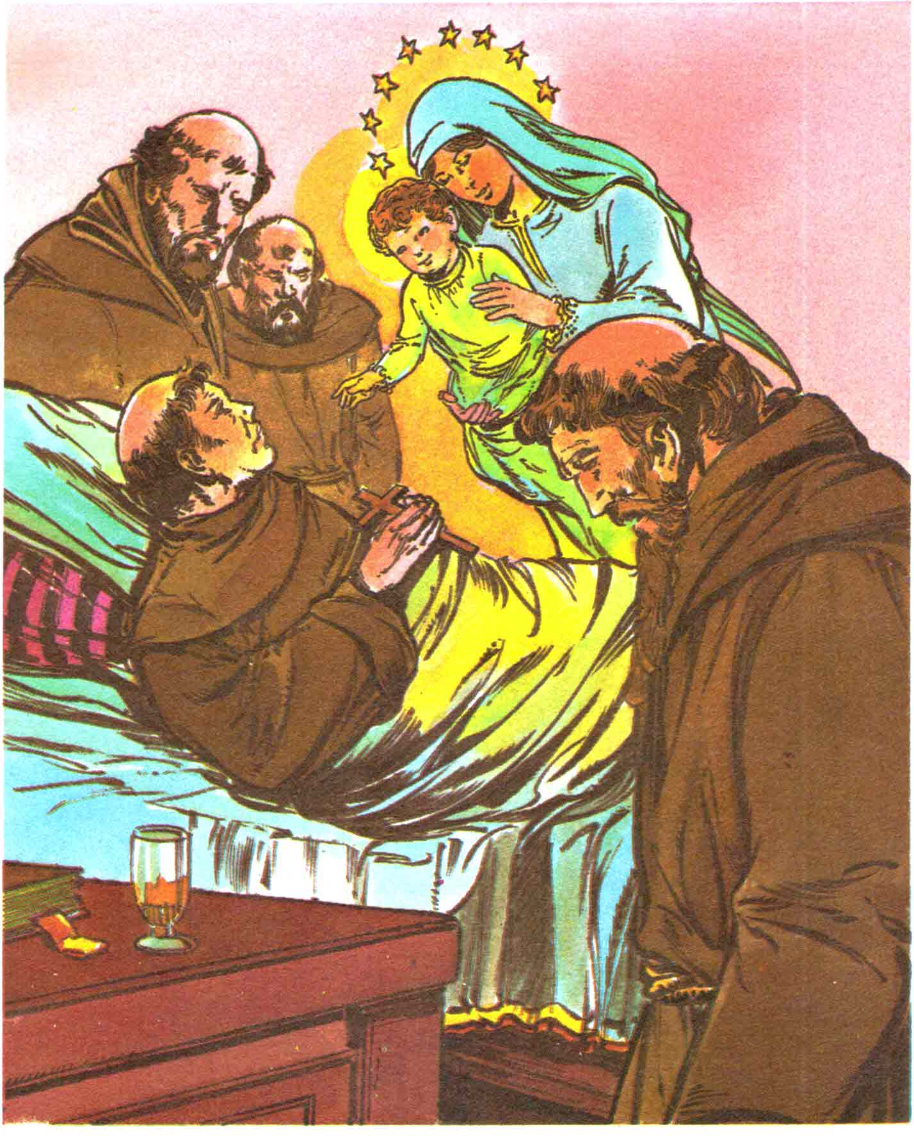
Pocos escolásticos de su siglo poseyeron una cultura tan honda y extensa sobre el divino Sacramento.

Pocos sintieron el fervor seráfico de Escoto hacia el divino Huésped del Sagrario.

Así que edificaba verlo celebrar la santa Misa.

Fue también penitentísimo, pobre y humilde, y su caridad para con sus adversarios resplandece en todos sus escritos.

Sus biógrafos hacen notar especialmente la pureza angelical de este insigne defensor de la pureza sin mancilla de la Reina de los Angeles, María Santísima.



Feliz tránsito del Beato Juan Duns Escoto

En Colonia y a consecuencia de una disputa con los herejes begardos y beguinos, habida a principios de noviembre de 1308, sufrió un enfriamiento al cruzar la calle para ir a su Convento.

Al ver lo grave de la enfermedad, pidió los Santos Sacramentos, exhortó a sus hermanos a la práctica del bien y al cumplimiento de la Regla que habían profesado y procuró enjugar las lágrimas que les había de costar su separación.

Absorto en la contemplación de los divinos misterios, la Virgen María recogió su último suspiro, y la celda y el Convento se llenaron milagrosamente de celestial fragancia.

Esto sucedía el 8 de noviembre del año 1308, a los 43 años de su edad.

Fue enterrado en el mismo Convento de los Frailes Menores de Colonia, y en su lápida sepulcral se grabó el siguiente epitafio:

"Aquí se encierra la fuente viva de la Iglesia, río caudaloso, camino cierto, doctor de la justicia, flor de los estudios, arca de la sabiduría, ingenio ardiente, revelador de los secretos de la Sagrada Escritura, dechado de virtudes, guía del clero, luz del claustro, trompeta de la verdad, Doctor Sutil Juan Duns Escoto".

Por diversas circunstancias, los venerables restos sufrieron algunas traslaciones. La más importante fue la del año 1956, a causa de la segunda guerra mundial.

Permanecieron algún tiempo en la catedral de Colonia, y así se libraron providencialmente de una segura destrucción.

Glorificación de Escoto

La personalidad de Escoto se puede concretar en tres puntos principales:

Primero: Fue el defensor de la Inmaculada Concepción de María, tesis contraria a la doctrina dominante en su época.

Segundo: Defendió el primado absoluto de Cristo, centro de la creación.

Tercero: Fue defensor intrépido de la autoridad papal, sufriendo exilio, por negarse a suscribir el recurso de Felipe el Hermoso al futuro Concilio contra el Papa Bonifacio VIII.

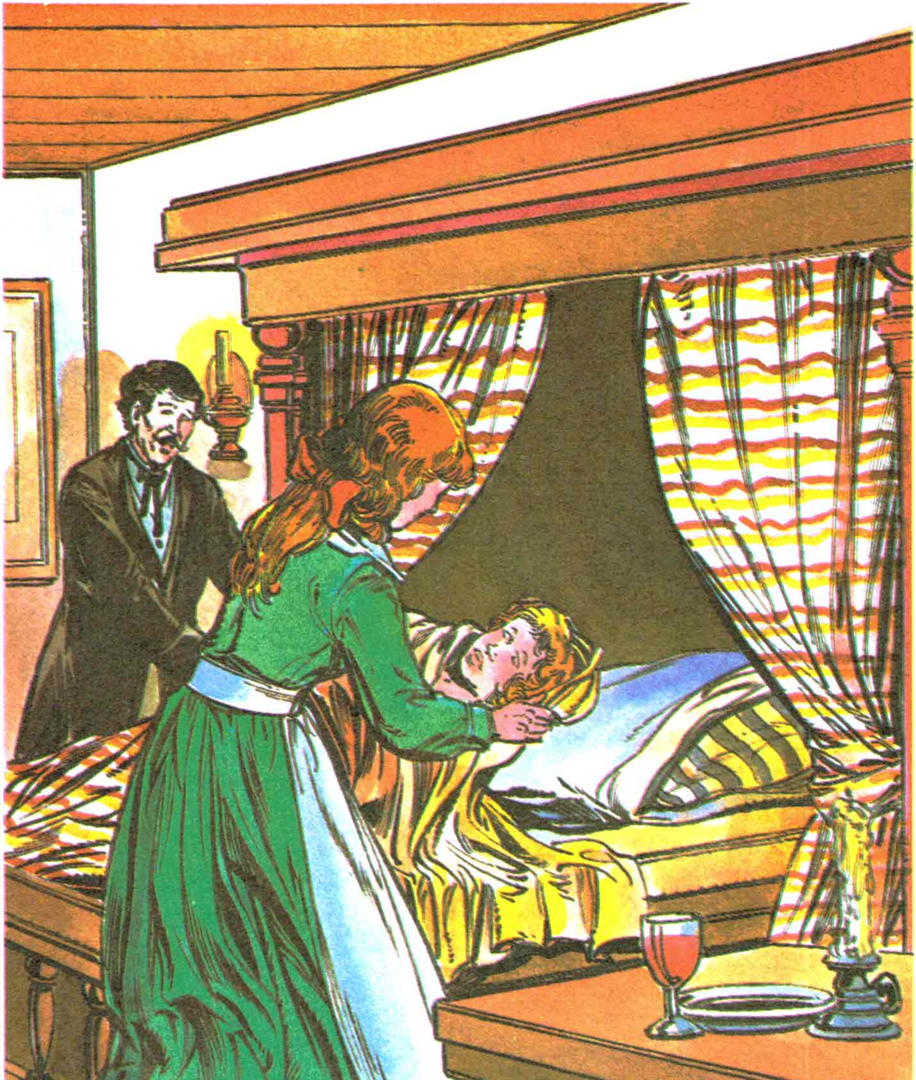
Las ideas del Doctor Sutil, enseñadas y estudiadas en muchas Universidades, influyeron no sólo en la vida intelectual sino también en la espiritual de los que las conocieron.

Merece, pues, que se extienda a la Iglesia Universal el culto que a Escoto se le ha tributado, desde su muerte, en varios lugares, sobre todo en Colonia y en Nola (Italia).

En 1905 fue introducida oficialmente su causa de beatificación. Más de 500 Obispos, Patriarcas, 18 Cardenales y diez Generales de Ordenes Religiosas, elevaron "Letras Postulatorias" al Sumo Pontífice San Pío X, a fin de que inscribiera a nuestro glorioso Doctor en la victoriosa y triunfante legión de los Santos y Beatos del Cielo.

La Sagrada Congregación para las Causas de los Santos, con fecha 4 de mayo de 1972, aprobó los escritos y la doctrina de Escoto, dando luz verde para que se avance en su glorificación.

El 15 de noviembre de 1980, el Papa Juan Pablo II oró ante su sepulcro, y llamó a Escoto "Torre de la Fe".



El Beato Escoto ayuda a sus devotos

En el decurso de los siglos, el Señor ha concedido muchas gracias y milagros a los devotos de este gran Siervo de María, Beato Juan Duns Escoto.

Se le considera como especial abogado de las futuras madres en peligros de parto, así como en las discordias graves y causas litigiosas; y también en las tentaciones contra la virtud de la pureza.

Es, sobre todo, particular abogado de los devotos de Nuestra Señora, la Santísima Virgen María.

Citamos aquí algunos de los muchos casos sucedidos en el correr del tiempo, meditando en los cuales, nos animaremos a invocar a este gran devoto de la Madre de Dios, y a confiar en su poderosa intercesión.

Según un antiguo códice titulado "Los Franciscanos en el Piamonte", escrito por el Padre Alejandro Basci, Dios obró un gran prodigio en el siglo XVIII por intercesión de nuestro bienaventurado.

En la Diócesis de Turín había un pueblo que pertenecía a los Condes de San Martín, familia noble de Turín.

En ella vivían, en el año 1730, el Conde Ardisson y su mujer llamada Libonia, de muy buenas costumbres.

En premio a ellas, Dios les concedió un bellísimo niño, que era su contento y felicidad.

Pero el niño cayó enfermo y murió en pocos días.

En vano la dolorida madre abrazaba el cadáver del niño exánime.

En balde lo llamaba por su nombre y, llenándolo de besos, procuraba, con su aliento maternal, devolverle la vida.

Se acercaba ya el triste momento en que el objeto de tanto amor iba a ser colocado en el féretro.

Estaba también allí el padre del niño, sufriendo en silencio el dolor de perder a su hijo.

Pero de repente, como movido por una inspiración, descuelga de la pared, con mucha devoción, una estampa del Doctor Sutil y la aplica al cuerpo del difunto.

Reza con el mayor fervor, invoca el auxilio y patrocinio del Beato Escoto, cuando, ¡oh milagro!, el niño abre los ojos, levanta las manos, se sonríe y llama repetidas veces a sus padres.

Imposible es de explicar la sensación que los padres experimentaron ante caso tan estupendo y las acciones de gracias que a Dios y al Beato Escoto dirigieron.

Pusieron en conocimiento de la autoridad competente el beneficio que habían alcanzado, y lo testificaron con juramento.

En la revista oficial de la Orden Franciscana, titulada "Acta Ordinis Fratrum Minorum", se relata el insigne prodigio que vamos a referir.

En la ciudad de Glasgow, vivía el niño Juan Jordán, de doce años de edad.

Había gozado siempre de inmejorable salud, pero, a principios de 1899, sus fuerzas comenzaron a decaer, hasta el punto que quedó sin habla, sin oído y casi sin respiración, de modo que parecía un cadáver.

En el mes de octubre, agravóse lastimosamente. Perdió la vista y el movimiento de los brazos. Aumentaron los dolores de cabeza. Su alimento se reducía a una cantidad insignificante, que tomaba por fuerza.

Varias veces se le hizo la recomendación del alma, y todos se admiraban de que pudiera prolongarse tanto su existencia.

Llamaron al Padre Efrén, franciscano de vida ejemplar.

Este, con fe viva, recurrió a la protección del Beato, ofreciendo por el enfermo, durante quince días, las más fervorosas oraciones.

Dios, que se complace en glorificar a sus siervos, reservó el honor de curar a este niño, casi cadáver, al Beato Escoto.

No fueron desatendidas las súplicas del Padre Efrén. A las cuatro de la tarde del día 26 de marzo de 1900, sin haber experimentado antes la más insignificante mejoría, el niño Eduardo recobró repentinamente la vista, el oído, el habla y el completo uso de sus miembros. Se había curado radicalmente.

Fue grande el asombro de cuantos estaban presentes, sobre todo del médico, que, después de examinarlo con atención, confesó que una curación inesperada y repentina, era obra de un poder sobrenatural.

También "El Eco Franciscano" publicó el caso de una religiosa que padecía un gran tumor en la rodilla.

Hizo la novena al Beato Escoto y, al quinto día, desaparecieron por completo el dolor y el tumor.

El Padre Teógono París moraba, en 1895, en Jerusalén.

Sufrió una enfermedad pulmonar gravísima.

Hizo voto de celebrar diez misas para obtener de Dios la aprobación del culto de Escoto.

Enseguida paró el flujo de sangre y recobró la salud.

Invoquemos al Beato Juan Duns Escoto

Sabemos que al Beato Bernardino de Bustos, autor del oficio litúrgico en honor de Escoto, le dijo la Santísima Virgen: "Los que me honren como mi siervo Escoto, recibirán de mi mano la corona de la gloria".

El Beato Amadeo de Silva era hermano de Santa Beatriz de Silva, fundadora de las Monjas Concepcionistas, y fue reformador de la Orden Franciscana en Italia.

Escribió un libro de revelaciones y en él nos dice que un ángel le mostró a Escoto, coronado con diadema de bienaventurado y ceñidas sus sienes con aureola de Doctor.

Le añadió además: "María concede cuanto se le pide por intercesión de su defensor y doctor, Escoto".

Acudamos, pues, a este gran adalid de la Inmaculada Concepción de María.